

Las razones de nuestra esperanza

*ENCARNACIÓN PÉREZ LANDÁBURU**

«Id y contad lo que estáis viendo» (Mt 11, 2-6)

Es cierto que, estrenando nuevos tiempos, deberíamos sentirnos como los niños ante una realidad que descubrimos por primera vez. Todo se hace nuevo, ilusionante, esperanzador. Avances técnicos y científicos se multiplican por doquier; la vieja Europa se renueva e intenta llegar a ser una gran comunidad de pueblos y naciones; la Reforma educativa abre horizontes nuevos con planteamientos innovadores; la Iglesia también busca caminos, recursos y lenguajes actuales para llevar adelante su misión. Sin embargo no sería raro que algunos de nuestros lectores dibujasen una sonrisa un tanto escéptica ante una reflexión como ésta en torno a la esperanza. Todos tenemos en mente proyectos y programaciones que hagan realidad nuestros mejores sueños. Pero somos muchos los que tenemos la sensación de que no es oro todo lo que reluce, que las cosas no van tan bien como quieren hacernos creer algunos. Es innegable el progreso que ha experimentado nuestra sociedad occidental y nuestra Iglesia, sin embargo, aun siendo verdad, somos conscientes de las grandes amenazas, de las sombrías realidades que hoy se ciernen sobre todos nosotros. Muchas preguntas nos interpellan y no es fácil encontrar respuestas. ¿Tendrán razón los de la sonrisa

* Profesora de Catequética. Instituto «San Pío X». Madrid.

escéptica? Otra pregunta difícil de responder. Espero que no, ojalá consiga a lo largo de esta reflexión articular y ofrecer algunos datos significativos en torno a estas tres preguntas:

- I. ¿Es la esperanza una apuesta razonable?
- II. ¿Existen testigos cualificados de esperanza?
- III. ¿Qué vemos y tenemos que contar?

I. ¿ES LA ESPERANZA UNA APUESTA RAZONABLE?

La esperanza siempre ha encontrado múltiples dificultades para afianzarse y crecer en el mundo. También en la actualidad una nube de desesperanzas se cierne sobre grandes colectivos humanos que se sienten desconcertados y abatidos ante una realidad insolidaria, injusta, violenta. En estas circunstancias, es fácil ceder a la resignación o el escepticismo y sustituir la esperanza por formas adulteradas que la desnaturalizan y la disfrazan de eficacia, presentismo, realismo, individualismo, dependencias estériles, etc. Sin embargo, ante los graves problemas que plantea la sociedad actual, ¿podremos conformarnos con éxitos efímeros, soluciones puntuales? o, al contrario, ¿acomodarnos con la dura y cruda realidad, porque no nos queda otro remedio?

1. El cansancio de vivir

Inmersos en un mundo donde se han apagado muchas estrellas encendidas en épocas todavía recientes, me pregunto si todavía hay razones para la esperanza. ¿Qué podemos observar en los ambientes sociales, políticos, económicos, eclesiales? ¿qué futuro vislumbramos?

Como si de un cuadro se tratase, cuántos espacios sin luz, cuántos tonos grises, monótonos, sin movimiento, cuántos elementos repetitivos y en se-

rie, aparecen ante nuestros ojos. ¿Qué cabe esperar? ¿hay algo que esperar? Tal vez nos quede apenas un sentimiento de resignación porque las cosas son lo que son y nosotros no podemos cambiarlas. Sólo nos queda abandonarnos en manos de los que tienen en sus manos el poder y depender de ellos, confiando que las cosas puedan mejorar dentro de lo que cabe.

Sin embargo, todavía los creyentes nos atrevemos a hablar de esperanza, aunque en muchas ocasiones no tengamos claro el significado que le damos a este término. También nosotros nos sentimos cansados y nos gustaría solucionar muchas de las situaciones dolorosamente injustas e insolidarias que contemplamos y sufrimos cada día. ¿No será precisamente esto la esperanza? Romper con el presente, en cuanto éste no responde al «gran deseo humano». Perder seguridades y empezar a confiar en otras cosas, en vistas a la transformación de la realidad. Hablar de esperanza es hablar de proyectos que mueven a las personas a caminar, que dinamizan nuestras acciones y juegan un papel importante en la vida personal y social.

Sin embargo, en muchas ocasiones, suele suceder que falsificamos nuestra esperanza. Nos falta discernimiento y criterios de valoración para analizar la realidad, detectar sus carencias y males. Muchas de nuestras esperanzas son falsas, imposibles de convertirse un día en realidad. ¿Queremos algunos ejemplos?

- Los cristianos, como todos los seres humanos, estamos convencidos de que no podemos lograr con nuestras propias fuerzas la solución de todos los males que nos aquejan. Entonces puede suceder que se busque directamente en Dios, la solución a las situaciones complejas y difíciles que vivimos. ¡Dios es la solución a nuestros problemas! Y se omite toda referencia personal y colectiva al compromiso que permita la transformación de este mundo y de la sociedad que no nos gusta.
- Otras veces se busca remedio al relajamiento, la permisividad generalizada o el incumplimiento de las leyes, a través de medidas restrictivas, o mediante sanciones severas. Cuando parece que la identidad de

un determinado colectivo humano pelagra, generalmente, se buscan soluciones a través de una mayor observancia de las leyes, rechazando y condenando lo diferente, porque de alguna manera desestabiliza nuestras seguridades y verdades. No nos suelen gustar las mezclas. ¿Y si ellas nos hacen perder la pureza de nuestra identidad?

- También puede suceder que, en otros momentos y circunstancias, nos encontramos con enormes ganas de colaborar para poder mejorar situaciones que consideramos inhumanas. En cierto sentido, ya es un progreso respecto de las otras formas de esperanza. Pero también puede resultar una peligrosa deformación de la esperanza. Cuando no se conoce a fondo y desde los valores del evangelio el proyecto en el que se desea colaborar, cuando el proyecto en el que queremos implicarnos está hecho por otros y nosotros somos simples ejecutores, cuando nuestra participación no permite desarrollar nuestras capacidades personales y creativas... la esperanza se convierte en sometimiento, pasividad, esterilidad.

Apenas he querido señalar algunas de las situaciones que, inevitablemente, nos llevan a no obtener resultados satisfactorios. Las cosas no cambian, la rutina se adueña de todos, la participación creativa brilla por su ausencia, nuestra esperanza se extingue y el cansancio de vivir se convierte en nuestro peor enemigo. En este orden de cosas, cabe preguntarse ¿cómo parar el deterioro de nuestra esperanza? ¿qué hacer para que la pérdida de la esperanza no sea irreversible? ¿quién puede cultivar el valor de la esperanza?

2. La esperanza, un valor que sólo cultivan los pobres

En contraste con las falsas esperanzas que llevan al cansancio de vivir, me gustaría ver la esperanza como una actitud que sólo cultivan los pobres, los que han experimentado en sus vidas carencias importantes y no se resignan

a ellas buscando un futuro diferente, confiando en que las cosas pueden ser de otra manera.

La historia bíblica es un largo camino de esperanzas en búsqueda de ese futuro con el que todos soñamos. Rastreado en ella he encontrado algunas «señales» que permiten identificar la esperanza como fuerza que dinamiza y marca la dirección del camino a recorrer:

- La esperanza bíblica tiene que ver con la actitud de la *vigilancia*. Ella es la que mantiene a la persona en tensión constante, perseverante, a pesar de no vislumbrar en el presente los cambios que desea. La esperanza enseña a mirar, a escuchar y a palpar, de manera diferente, las situaciones de la vida. Ayuda a reflexionar sobre ellas, intentando encontrar señales que indiquen el camino del futuro que se espera.
- Unida a la *vigilancia*, la esperanza bíblica está marcada por una actitud de la *confianza*. El que espera, confía en que las cosas pueden ser de otra manera. Por eso busca señales, camina hacia un horizonte que apenas se vislumbra. Su confianza activa, porque aunque sabe que él no lo puede todo, está en las manos de Dios, de un Dios que quiere ver realizados sus proyectos. Por ellos, la persona trabaja y lucha esperando conseguir lo que sueña y desea confiadamente.
- La *perseverancia* es otra de las actitudes que se incorpora a la realidad de la esperanza, es parte integrante de ella. Esta actitud permite no desalentarse ante la demora, no resignarse ante el dolor, la pobreza, la falta de justicia. La actitud perseverante es la clave para ir haciendo posible aquello que se espera, sobre todo cuando se sabe que la causa es justa y forma parte del Proyecto de Dios.

En el horizonte de su esperanza, la persona creyente sabe que cuenta con Alguien en quien puede confiar plenamente, a fondo perdido. De ahí nace

su esperanza vigilante y activa, su perseverancia ilimitada a pesar de no vislumbrar, en muchas ocasiones, ningún atisbo de esperanza. La Biblia sólo sabe hablar de la esperanza reconociendo a Yahvé como el fundamento y la meta final de todo lo que el ser humano puede esperar. Evidentemente la esperanza bíblica no es nunca algo individual. La dimensión comunitaria aparece en su más sugerente forma bajo la imagen de la Alianza. Ella es el ámbito utópico donde los bienes esperados, después de haber luchado por conseguirlos, se comparten solidariamente.

Todos estos rasgos que configuran la esperanza bíblica se ven reflejados, de manera especial, en los pobres. Ellos son conscientes de sus carencias y necesidades. Ellos sufren en sus propias carnes la provisionalidad de su condición y situación. Precisamente es esta experiencia de negatividad la que les empuja a no resignarse con la situación, a confiar en Dios su protector, y a luchar para que sus esperanzas sean posibles, confiando en que un día se hará justicia, habrá alimentos en abundancia para todos y viviremos relaciones fraternas, sin que la fuerza y el poder se impongan, porque confían en la Promesa de Dios que así lo garantiza.

Llegados a este punto podíamos preguntarnos ¿cómo reconocieron los pobres el rostro de la Promesa de Dios? ¿qué señales les permitieron ver cumplidas sus esperanzas? El profeta Jeremías lo intenta comunicar colocando en la boca de Dios palabras dirigidas al pueblo sin tierra y a Raquel que llora la muerte de sus hijos:

«Hay para tu descendencia un porvenir y una esperanza... Hay para tu futuro una esperanza» (Jr 29,1.31,17).

Los pobres esperan una «tierra» cuya referencia será siempre el Paraíso descrito en el libro del Génesis. En esta «tierra» es donde deben cultivarse todos los bienes que se desean. Si se llega a disfrutarlos, es que la Promesa de Dios se ha cumplido. Si pudiéramos evocar toda la historia narrada en la Biblia, veríamos que se trata de una historia de esperanzas cumplidas. Por eso es una historia de salvación en perspectiva de futuro, en la que se van

haciendo realidad las Promesas de Dios. El primer credo histórico de Israel es sugerente a este respecto. Recapitula la historia y sintetiza los grandes acontecimientos que hicieron posible la concreción de las Promesas de Dios (Deut 26, 5b-9). La figura de Abrahán es representativa de una esperanza centrada en una tierra y en una descendencia numerosa (Gn 12, 1-10). El libro del Éxodo y la Alianza describirán la esperanza de una manera más desbordante e inagotable, como la total liberación de las dependencias y servidumbres que acechan al pueblo, la posibilidad de llegar a ser una comunidad fraterna universal (Is 2, 24).

Primeramente, la esperanza bíblica se orienta hacia la posesión de una tierra y cuando esta esperanza se hace realidad, empiezan a vislumbrarse otras posibilidades infinitas que apenas se habían percibido antes. La esperanza en las Promesas de Dios va tomando forma, cada vez se agranda más, hasta llegar a esperar todos los bienes que el corazón humano anhela utópicamente. En definitiva, la esperanza bíblica termina identificándose con el propio Dios. Dios es el nombre que sintetiza todos los bienes que Israel espera «¿Qué esperaré ahora, Señor? Mi esperanza eres tú» (Sl 39, 8).

La concreción por excelencia de la esperanza bíblica es sin lugar a dudas la figura del **Mesías**, el «ungido de Yahvé». Esta esperanza mesiánica confía en que un día vendrá un rey que será portador de todos los bienes deseados. Llegará un día en el que se podrá disfrutar de la libertad, la justicia, la paz. El Mesías viene a ser la gran Promesa de Yahvé, el Mediador entre Dios y su pueblo, la Esperanza para los pobres.

En continuidad con el Antiguo Testamento, el cristianismo no cambió el nombre de su esperanza. En los evangelios Jesús es identificado como Mesías y Salvador. Más tarde, él mismo proclamará la Buena Noticia a los pobres y llamará bienaventurados a los que lloran y sufren, tienen hambre y sed de justicia y buscan la paz, la concreción de los bienes mesiánicos. Anunciará un Reino donde los ciegos ven, los cojos andan y a los pobres se les anuncia una nueva esperanza. Pablo hablará de esta esperanza y la identificará con

«la libertad de los hijos de Dios» (Rm 8, 21); «salud y vida» (Rm 5, 9s, 17); «redención del cuerpo» (Rm 8, 23); «justificación» (Ga 5, 5). También el Apocalipsis simbolizará la historia humana como un largo camino en el que los pobres se ven envueltos en diferentes batallas, pero al final, la última batalla dará el triunfo definitivo al bien y a la justicia. El Mesías traerá los ansiados bienes a todos los que han hecho efectiva esa esperanza con su paciente, tensa, activa y confiada espera.

Así sucede en la historia bíblica, los pobres son los que después de haber experimentado la marginación, la pobreza, el abuso de los autosuficientes y poderosos, no se resignan a la desesperanza o al hastío. Su esperanza hace que reconozcan el mal del mundo, y luchan confiadamente, seguros de que las cosas pueden ser diferentes porque ya se ha revelado un horizonte nuevo, bajo la forma de Promesa. Dios llama a todos esos «pobres» a decir y vivir su esperanza. Precisamente es ella la que crea futuro, dinamiza todas las inmensas posibilidades humanas para luchar por un futuro donde los bienes mesiánicos puedan ser vividos por todos: «*Dichosos vosotros, los pobres, porque tenéis a Dios por Rey*» (Lc 6, 20).

El pobre espera este Reino, trabaja para que se haga realidad en este mundo y lo anuncia desde la seguridad de que el Dios de la Promesa manifestado en el Mesías Jesús, se hace compañero de camino en esta larga pero apasionante etapa de la historia personal y colectiva de cada uno.

II. ¿EXISTEN TESTIGOS CUALIFICADOS DE ESPERANZA?

Una vez más acudo a la Escritura para encontrar en ella testigos cualificados de esta esperanza. Concretamente me voy a referir a la historia bíblica de Rut. Las situaciones narradas, sus personajes y las circunstancias que provocan el cambio radical de sus vidas pueden ser profundamente aleccionadoras para nosotros. En un contexto de profunda desesperanza, dos mujeres pobres, viudas y sin hijos y una de ellas extranjera, consiguen

reconstruir la esperanza de los pobres y convertirse en signos cualificados para todos aquellos que buscan razones para luchar, trabajar y vivir de otra manera.

La historia bíblica de Rut es casi un poema, un relato entrañable, inteligente, sorprendente, de dos mujeres pobres y sin ningún futuro. Paradójicamente, estas dos mujeres sabían lo que era la esperanza, confiaron en que las cosas podían ser de otra manera, lucharon por hacer realidad aquello que soñaban y fue así como se convirtieron en signos de esperanza para todo el pueblo.

1. En un mundo abatido y desesperanzado

El libro de Rut se escribió en torno al año 450 a. C. Es decir, unos cien años después de la vuelta del Exilio. Durante estos años el pueblo había intentado organizarse, reconstruirse después de la dispersión. Pero el pueblo se siente perdido, desorientado, sin identidad y sin una esperanza que les aglutine. Todos sus esfuerzos parecen inútiles. En vez de mejorar, parece que las cosas cada vez se ponen peor. Precisamente el libro de Rut nacerá de la situación histórica que Israel vivió después de volver de Babilonia.

La situación que deja entrever el relato de Rut es grave. El pueblo sufre la dureza del presente, sus esperanzas se van resquebrajando día a día. Comienzan a dudar de sí mismos, están cansados y decepcionados, esperando ver realizadas unas promesas que nunca se cumplen. Es verdad que, para remediar esta situación, han surgido proyectos sociales y religiosos importantes. Los dirigentes del pueblo han buscado las causas de la deplorable situación que viven y se proponen soluciones a través de reformas y nuevas leyes. Elaboran proyectos, promulgan nuevas leyes, reconstruyen el Templo. Muchos son los que se preguntan: ¿conseguirán lo que se proponen? ¿devolverán la esperanza a un pueblo deprimido y sin futuro? Analicemos estos proyectos.

1.1. *El proyecto de Zorobabel y Josué* (Esd 3,1-13)

Zorobabel era descendiente del rey de Judá (1Cró 3, 17-19), Josué descendía del sumo sacerdote de Jerusalén (1Cró 5, 40-41; Esd 3, 2). Estos hombres intentan solucionar la grave situación de Israel reconstruyendo el Templo de Jerusalén (Esd 5,1-2). Los descendientes del rey y del sumo sacerdote, Zorobabel y Josué, consideran que todos los males que aquejaban al pueblo eran un castigo de Dios por haber abandonado en el pasado la ciudad de Jerusalén en ruinas. Piensan que ha sido una causa religiosa la que ha provocado esta situación. Por eso la solución es reconstruir el Templo y aglutinar al pueblo en torno al culto y al altar. Desgraciadamente este proyecto no solucionó el mal de fondo y las cosas continuaron igual que estaban.

1.2. *El proyecto de Esdras* (Esd 9, 1-10, 44; Neh 8, 1-18)

Esdras es un doctor de la ley, un escriba de gran prestigio (Esd 7, 6). Unos 70 años después de Zorobabel, Esdras visita Jerusalén en nombre del rey de Persia. También él busca la causa que ha provocado la grave situación que vive el pueblo. Esdras, como sus antecesores, interpreta la situación dramática que vive el pueblo en clave religiosa. El sufrimiento de Israel es un castigo divino debido al relajamiento del pueblo. Los judíos han tomado por esposas a mujeres extranjeras y han introducido, en su manera de vivir, costumbres paganas. La propuesta de Esdras es fulminante, por un lado expulsar a las mujeres extranjeras y a sus hijos y por otro, observar fielmente la Ley de Dios. El proyecto de Esdras busca la reconstrucción del pueblo, devolverle su identidad y su esperanza, a partir de las reformas en torno a la pureza de la raza y la observancia de la Ley. Desgraciadamente tampoco este proyecto devolvió la esperanza al pueblo. La situación social se agravó creando un abismo entre los judíos de raza y los extranjeros que habitaban el país.

1.3. *El proyecto de Nehemías* (Neh 5, 1-19)

Mientras que Esdras buscaba solución a los problemas de Israel, Nehemías era gobernador de Judá. Hombre justo, consciente de la explotación que ejercían los poderosos sobre el pueblo llano y sin recursos, se da cuenta de que si se había llegado a esa situación no había sido por cuestiones religiosas sino por las injusticias cometidas por todos aquellos que, teniendo recursos, habían dejado en la miseria a la gente más humilde. Por eso su proyecto de cambio va a exigir la devolución de las tierras robadas por los terratenientes y el perdón de las deudas contraídas por los pobres. Su objetivo no era otro que reconstruir al pueblo amenazado de ruina a través de una Ley, la del «Año Jubilar» (cada cincuenta años, quedaban sin efecto las deudas contraídas, según Lev 25, 1-34; Dt 15,1-11). Sin embargo, y a pesar de la buena voluntad de los responsables de este proyecto, la situación del pueblo no mejoró. La gran mayoría de los pobres continuaba sin pan, sin tierra y sin un futuro para sus hijos.

En estas circunstancias aparece la *historia de Rut*. Su lenguaje narrativo-simbólico nos va a introducir imperceptiblemente en esta situación. El lector deberá estar muy atento para descubrir las claves y poder acceder a su sentido oculto. Su protagonista va a ser una mujer extranjera, viuda y sin hijos. Los otros personajes del relato tienen unos nombres que esconden su identidad y el papel que desempeñarán en esta historia. A las figuras más representativas del pueblo, Zorobabel, Esdras, Nehemías no se las nombra ni una sola vez, sin embargo se hablará de ellas constantemente.

Si sabemos utilizar todas estas claves podremos descubrir, en este lenguaje velado, una historia que nos afecta y nos interpela a todos nosotros. Seguramente nos veremos reflejados en la situación que se describe, podemos sentirnos identificados con sus personajes, descubrir signos de esperanza para continuar, confiadamente, la misión que tenemos entre manos. Si adivinamos lo que esconde esta historia, tal vez aprendamos

de nuevo a andar, nos aventuremos a soñar, a tener utopías y creer que merece la pena abandonar muchas cosas y confiar en que todo puede ser de otra manera.

Y sin más, reconstruyo esta hermosa historia de Rut como si de cuatro etapas de un largo caminar se tratase. En los cinco primeros versículos del libro de Rut se retrata la situación del pueblo de Israel, aunque el relato lo hace describiendo la situación de una familia judía. La familia de Noemí y Elimélec es el reflejo de lo que el pueblo vive y sufre. Por eso el relato habla de una familia hambrienta, errante, privada de tierra y sin futuro. Los signos de esperanza se han extinguido en esta familia y sin embargo, ya desde el inicio del camino, podemos descubrir pequeños destellos de esperanza. Una esperanza vivida en el presente pero que se fundamenta en el pasado, en lo que Dios había hecho con su pueblo a lo largo de la historia; una esperanza que mira hacia el futuro, confiando en que Dios cumplirá todas sus Promesas.

2. Primera Etapa: «Donde tú vayas yo iré» (Rut 1, 6-22)

Parece paradójico que al inicio de una marcha el verbo más importante sea el verbo *volver*. En el contexto del relato, «volver» no significará miedo al futuro, ni nostalgia del pasado. Se trata más bien de cambiar la mirada y empezar a ver las cosas de manera diferente.

Para conseguirlo, lo primero que se pide es tomar una postura diferente a la habitual, en este caso, la nueva postura será levantarse, ponerse en pie y empezar a caminar. Ya no se puede continuar en el estado de inanición que, en este caso, dura ya diez años. Esta gente se encuentra lejos de la tierra de sus antepasados, sin recursos, sin futuro. No tiene ninguna salida para su situación, por eso, sencillamente, dejan que las cosas continúen como están (1, 4).

Desde esta primera etapa del camino, empieza a sorprendernos el grupo que inicia el camino de vuelta a casa. Apenas lo componen tres mujeres, una judía, Noemí, su nombre significa «gracia», «graciosa», «agraciada». Las otras dos son extranjeras y paganas. Las tres, son mujeres, sin recursos, viudas, sin hijos, sin futuro. ¿Quién apostaría por un grupo tan débil? ¿se puede confiar la reconstrucción de un pueblo a unas mujeres así? ¿podrán ellas despertar la esperanza, alguna esperanza en el pueblo?

¿Qué ha sido lo que ha motivado a este insignificante grupo femenino a levantarse y ponerse en camino? Parece evidente que a estas mujeres de razas y religiones diferentes no les ha importado unirse para emprender el camino de vuelta a casa. Les une el único deseo de una vida digna, con futuro; la esperanza de llegar a la Tierra de sus antepasados y participar activamente en la vida del pueblo. Ellas saben que sólo así recuperarán su identidad y la esperanza de construir un futuro para los suyos.

Ya desde el inicio del camino, Noemí, advierte a sus dos nueras de las dificultades que entraña volver a los orígenes. Seguir la exigirá la renuncia a un determinado tipo de vida más instalada, sin riesgos, sin complicaciones. Quedarse donde están es dejar que las cosas continúen como están, resignarse a vivir como la inmensa mayoría, ya no hay nada que esperar, mejor es que otros resuelvan los problemas, si es que pueden y quieren. Ahora, Noemí les invita a elegir; de hecho, una de ellas, Orfá, que significa «nuca», «espalda», se aparta del camino (1,14) y vuelve sobre sus pasos. Por el contrario, Rut, que significa «amiga», «saciada», decide quedarse junto a Noemí y volver con ella a la Tierra donde Dios se hace aliado y protector de los pobres.

«No insistas más en que te deje, alejándome de ti; donde tú vayas, iré yo; donde tú vivas, viviré yo; tu pueblo será mi pueblo y tu Dios será mi Dios; donde tú mueras, yo moriré...» (1,16-17).

¿Qué pueden significar estas hermosas palabras de Rut? Según el relato bíblico, para pertenecer al pueblo de Dios y participar en su reconstrucción

es necesario reunir una serie de condiciones. La pureza de la raza, ser varón, observar las Leyes propuestas por Esdras. El libro de Rut no parece tener en cuenta estas exigencias, en cambio se esfuerza por esbozar la figura de una mujer asumiendo un compromiso en el que entra en juego toda su vida: «*Donde tú vayas iré yo*». Esto es lo que importa, el compromiso de fidelidad a una persona y la apuesta por un futuro distinto, pero siempre soñado y deseado.

Los signos de esperanza apuntan ya tímidamente. Por un lado nos encontramos con la valiente decisión de dos mujeres, Noemí decide levantarse y volver a la tierra de sus orígenes en busca de pan y en busca de Dios. Rut asume un estilo de vida que cambiará radicalmente su existencia. Opta por acompañar a Noemí, pase lo que pase, hasta la muerte. Y en este diálogo entre suegra y nuera, Noemí la acoge, incondicionalmente, como una más de la familia, no importa que sea extranjera. Las dos han puesto su confianza en el mismo Dios que abraza por igual a la hija de la tierra y a la extranjera que la busca y se pone en camino para conseguirla.

Todavía no se dan cuenta de lo que va a suponer levantarse, empezar a caminar, tomar decisiones y volver a los orígenes. La situación por la que atraviesan es demasiado dolorosa, ellas están involucradas como no podía ser de otra manera. No olvidemos que Noemí ha perdido a su marido y a sus dos hijos, Rut ha decidido seguirla y renunciar a un nuevo matrimonio en su tierra. Nadie podrá continuar con el nombre de la familia. Sin embargo ellas continúan avanzando hacia un futuro imprevisible a pesar de no tener otra luz que la que les llega de los acontecimientos. Por eso, el camino hacia Belén, «la casa del pan», se abre esperanzadamente para estas mujeres. A medida que caminan aprenden a mirar las cosas de otra manera, continúan avanzando hacia un futuro insospechado, confiando en Dios que tan sólo se insinúa como Promesa de una realidad nueva.

3. Segunda etapa: «Me has hablado al corazón» (Rut 2,1-23)

Rastreado el relato nos encontramos con otra palabra clave, *espigar*, (doce veces).

«Cuando hagas la recolección en tu campo, si olvidas en él alguna gavilla, no vuelvas a buscarla. Déjala para el emigrante, el huérfano y la viuda» (Lv 19, 9-10)

Los rastrojos eran un derecho de los pobres y de los extranjeros aunque en los tiempos de Rut sólo se podía espigar si el amo del campo lo permitía. Rut reunía todas las condiciones que la ley exigía para poder espigar, era viuda, pobre y extranjera. Pero si bien no sabemos si ella conocía esos derechos, lo cierto es que decide ir a espigar. Junto a Noemí, Rut había tomado conciencia de la difícil situación por la que atraviesan: pobres, sin tierra y sin futuro, sólo les queda recoger alguna gavilla en el campo de alguno de sus parientes más cercanos.

Y sin saber muy bien la razón, Rut fue a espigar a los campos de Booz, una persona importante que poseía tierras y muchos jornaleros a su servicio. También gozaba del derecho a tomar parte del título de Mesías, el nuevo David que liberaría al pueblo de sus desgracias. ¿Cuál fue el papel de Booz en este relato? Su propio nombre nos ofrece pistas importantes. Booz significa «por la fuerza», y es así como va a entrar en la vida de estas dos viudas. Imprevisiblemente y por su fuerza, Dios va a intervenir en la vida del pueblo, representado en estas dos mujeres, actuando como liberación y salvación. Sin embargo, es sorprendente la manera de actuar de Booz. En ningún momento le vemos organizando o dirigiendo acciones importantes. Al contrario, no impone nada ni hace sentir su fuerza o su poder, en ningún momento aparece como el responsable de la salvación de aquellas mujeres. Sencillamente se limita a aceptar los acontecimientos, deja que la intuición femenina tome la iniciativa, sin miedos, sin prejuicios, Booz confía y se fía de Rut. Los hechos se suceden como si de una historia de amor se tratase y él, pacientemente, deja que los acontecimientos se sucedan, generosamente lo

va entregando todo. No busca recompensa alguna, no pretende que su posición de varón prevalezca por encima de estas mujeres, hasta el final mantendrá una actitud de «mediación». Así es como Booz entiende y ejerce su fuerza y su poder. Al final, se quedará sin la tierra, sin el hijo, sin el nombre, sin el derecho de rescate. Booz se ha convertido en el gran mediador entre Dios y el pueblo, su acción generosa ha conseguido que las dos viudas pobres, sin tierra y sin hijos consigan lo que la evidencia de los hechos las negaba.

Entre Rut y Booz todo sucede desde una relación de aceptación, respeto y solidaridad que progresivamente se transformó en una historia de amor. A Booz le han contado la situación de las dos mujeres, ha admirado y valorado la decisión de Rut al solidarizarse con Noemí y compartir su pobreza. Por eso la acoge en sus tierras, la pide no alejarse, le ofrece agua y un campo donde poder espigar, compartiendo con ella sus bienes y «le habla al corazón».

La esperanza de Noemí y Rut se va convirtiendo en una fuerza hacia adelante que no sucumbirá ante ningún obstáculo. Atentas a la penosa situación en la que se encuentran organizan un plan de acción, evalúan los resultados y extraen algunas conclusiones importantes. Todo esto ha propiciado el encuentro con el Dios que se revela en las circunstancias concretas de la vida. Casualmente, Booz ha sido para ellas un signo de Yahvé próximo y cercano, lo descubren como su pariente, alguien de la familia, con derecho de levirato sobre ellas. Han reflexionado sobre los hechos y esta mirada atenta sobre la realidad va a permitir a estas mujeres receptivas, abiertas a las circunstancias que las rodean, continuar alimentando la esperanza de cambio, dispuestas a lo que sea necesario para salir de su pobreza y falta de futuro.

Así termina la segunda etapa del camino y con ella el tiempo de la cosecha. Desgraciadamente, ni Rut ni Noemí han solucionado sus problemas, apenas han encendido una luz para que la esperanza no se apague. Les queda

mucho camino por recorrer, necesitan ayuda, se preguntan sobre su inminente presente y su futuro más próximo y descubren que Booz es su única posibilidad de futuro.

4. Tercera etapa: «Booz es nuestro pariente» (Rut 3,1-18)

Una nueva palabra será la clave para descubrir lo que esconde esta etapa del camino. El verbo *rescatar* aparecerá siete veces en la conversación que mantendrán Rut y Booz.

El libro de Rut hace alusión a dos leyes judías muy importantes. La «ley del rescate» y la «ley del levirato». Seguramente estas leyes ya son conocidas por todos los lectores, apenas subrayamos uno de los aspectos que pretendían estas leyes: defender la familia como núcleo de la sociedad judía.

Cuando algún miembro de una familia se veía obligado a vender su tierra a causa de la pobreza, el pariente más próximo estaba obligado a «rescatar» esa tierra y devolverla al que la había perdido (Lv 25, 23-25).

Cuando, por causa de la pobreza, alguien se veía obligado a venderse así mismo como esclavo, su pariente más próximo debía rescatarlo para que su hermano recuperase su libertad (Lv 25, 47-49).

Cuando un judío moría sin hijos, su hermano debía casarse con la viuda para impedir que la familia se extinguiera por falta de descendencia. Los hijos nacidos de esta unión no pertenecían al hermano, sino al fallecido (Dt 25, 5-10).

Paradójicamente, la situación de extrema necesidad narrada en el libro de Rut y vivida por estas dos mujeres, pobres, viudas, sin hijos y sin posibilidad de tenerlos hacía impracticable las dos leyes anteriores. ¿Para qué asegurar una tierra a unas viudas sin hijos? Rut y Noemí son la viva imagen del

pueblo desamparado, sin recursos, sin futuro, sin posibilidades de que la ley repercuta en su propio beneficio.

Las palabras de Noemí son profundamente inteligentes y sugerentes: «Booz es nuestro pariente» (3, 2). La sutileza femenina abre un mundo de posibilidades para que la esperanza no se agote ante la negrura de la situación. No saben si Booz estará dispuesto a cumplir estas dos leyes, la del levirato y la del rescate, pero Rut ha captado la sutileza de Noemí y se dispone a realizar lo que veladamente ha insinuado. No va a pedir un favor, solicita un derecho que le corresponde por ley. Como si de un juego se tratase, Rut y Booz se encuentran. La esperanza y fidelidad de Rut que renunció a su mundo para seguir a Noemí y la generosidad de Booz, que se compromete a cumplir el plan que le proponen dos mujeres, pobres, viudas y sin futuro, se encuentran. De este encuentro fecundo sólo puede nacer la vida y el futuro del pueblo, como veremos en el desenlace final.

5. Cuarta etapa: «Si compras el campo de Noemí deberás casarte con Rut, la moabita, mujer del difunto» (Rut 4, 1-12)

Dos términos claves darán color a esta última etapa del camino. Aparecen de nuevo, el verbo *rescatar* (14 veces) y la palabra *nombre*, (garantizar el nombre es asegurar la continuidad de la familia y tener futuro). No debemos olvidar que para las leyes de Israel, la posesión de la tierra y la situación de la familia son dos cosas distintas. Se rescataba la tierra, que normalmente se quedaba con aquel que la compraba, la familia continuaba en su miseria, nadie se hacía cargo de ella.

Sorprendentemente Booz va a presentar una propuesta absolutamente nueva, que cambiará todo el futuro de la sociedad y de la religión judía. Lo que Booz propone es rescatar la tierra del pobre, al mismo tiempo que se tiene en cuenta su situación familiar. Por eso, quien quiera rescatar la tierra de Noemí, deberá casarse con Rut, así, el hijo que nazca tendrá nombre, tierra,

y futuro. Las consecuencias de este cambio son evidentes, la tierra no quedará en manos de quien la rescata, pasará a manos de Noemí, el hijo que nazca de Rut no llevará el nombre de quien lo engendró, sino del fallecido marido de Noemí.

Ahora entendemos la gratuidad total de la propuesta de Booz: quien lleve a cabo su propuesta lo hará por pura generosidad porque no obtendrá nada a cambio, ni tierra, ni hijo. ¿Quién iba a aceptar una cosa así? Según el libro de Rut, el pariente más próximo no aceptó, no estaba dispuesto a tal acto de generosidad y traspassa su derecho a Booz. Éste asume el reto y cumple la ley de rescate, compra y rescata todas las posesiones de Elimélec, el marido de Noemí y toma como esposa a Rut. Los ancianos, testigos de estas acciones, expresan sus mejores deseos para ellos: que Rut sea como Raquel y Lía, las madres de las doce tribus de Israel; que Booz sea poderoso en Éfrata y adquiera renombre en Belén. Solamente ahora, la familia de Noemí podrá sobrevivir y tener futuro.

El amor de Rut y Booz inicia una nueva etapa de la historia del pueblo, las esperanzas de Israel se empiezan a hacer realidad. Los pobres sin futuro han empezado a dar los primeros pasos y la pequeña semilla está empezando a crecer.

6. La meta final

Volvemos al punto de partida, una familia de emigrantes, sin ninguna perspectiva, decide volver a la tierra de sus antepasados, no lleva otro equipaje que la esperanza de conseguir pan, tierra y futuro. Esta esperanza se fue haciendo realidad en personas concretas, en acontecimientos y situaciones que cambiaron el curso de la historia. Después de un largo y penoso caminar, se puede vislumbrar en el horizonte de la historia la escena final.

Nos encontramos en Belén, Rut y Booz están esperando el nacimiento de su hijo. Todas las esperanzas se concentran en él. El niño nacerá en Belén y es el fruto de un largo caminar, de una incesante espera, de una búsqueda plagada de dificultades. La capacidad emprendedora y la fuerza de dos mujeres pobres, viudas y sin futuro, junto a la generosidad y a la defensa de los derechos de los más débiles, actitudes mantenidas por Booz, hará posible el nacimiento de este niño.

Como todos los niños, nace en el seno de una familia, pero no pertenecerá únicamente a sus padres. Es hijo del pueblo porque él representa las esperanzas de todos. Precisamente por esto, es el pueblo, en la figura de las «vecinas», quien le dará el nombre al niño. Se ha hecho posible el milagro de la vida en la anciana Noemí gracias a este niño: «*A Noemí le ha nacido un hijo*» (4, 17). Es un niño frágil y débil pero lleno de fuerza, capaz de devolver la esperanza perdida a todo un pueblo. ¿Tal vez empiece a hacerse realidad la profecía de Isaías acerca de un niño que liberará al pueblo del yugo, devolviendo a todos la esperanza y la alegría?:

«El pueblo que andaba en tinieblas vio una gran luz, sobre los moradores de una tierra de sombras, la luz ha despuntado. Has acrecentado su alegría y has agrandado su júbilo... pues su penoso yugo, la vara sobre sus espaldas, el palo de su verdugo, tú lo quebraste como en el día de Madián... Que un niño nos ha nacido, un hijo se nos ha dado, sobre sus hombros el imperio y su nombre será “Consejero admirable”, “Dios potente”, “Príncipe de la paz”» (Is 9, 1-5).

Sin embargo, la escena final todavía no ha revelado el nombre del niño. Aunque todo parece evocar al futuro rey David, al niño de la profecía de Isaías. Pero el autor del libro de Rut no tiene prisa en revelar su nombre, más bien parece indicarnos que el camino de la esperanza es largo y todavía quedan nuevas etapas por recorrer. Sólo al final aparece el nombre del niño, se llamará Obed que sorprendentemente significa «siervo». Su tarea será preparar la venida del Mesías, este niño será el futuro abuelo de David (4, 17). Obed nació de una mujer que había dejado todo lo que tenía para seguir a

Noemí hasta las últimas consecuencias. Nació también de Booz, el hombre de una exquisita sensibilidad, de un profundo respeto por los demás, de una sorprendente fuerza para salir en defensa de los menos favorecidos. De esta unión nació Obed, el servidor, aquel que preparará la venida del Mesías, el nuevo David.

Al finalizar el libro de Rut, el autor nos brinda una genealogía (4, 18-22) bastante sorprendente. El futuro Mesías, descenderá de los pobres, de los extranjeros, de una mujer moabita, que no tiene pureza de sangre, que no representa ningún poder, ni tiene cargo alguno de responsabilidad. Precisamente, esta constatación final me sugiere una pregunta: ¿cuál es, entonces, el camino de esperanza propuesto por el libro de Rut? Indudablemente, un camino muy difícil, jalonado de errores y aciertos, de fracasos y pequeñas victorias. En este camino encontramos grupos diferentes; corrientes ideológicas diversas; proyectos alejados de la vida que decían interpretar la voluntad de Dios. También encontramos a dos mujeres viudas, pobres, sin futuro pero que supieron encontrar el camino que les condujo a la meta. En su penosa y dificultosa marcha consiguieron descubrir la presencia velada y misteriosa de un Dios cercano a los pequeños, compañero de camino para todos aquellos que buscan pan, tierra y un futuro mejor.

III. ¿QUÉ VEMOS Y QUÉ TENEMOS QUE CONTAR?

Nos encontramos en la recta final de esta reflexión en torno a la esperanza. Nos hemos acercado a ella y hemos podido constatar, en esta larga marcha esperanzada por la historia, testigos cualificados de esperanza. Tal vez ahora sabemos mejor lo que es caminar, a pesar de las inclemencias del tiempo, de las piedras del camino, de la falta de recursos para caminar.

A nosotros hoy, también se nos pide ser testigos de esperanza, es decir *narrar* lo que se ha visto y oído, en primera persona. Esto exige haber

estado presente, con ojos abiertos y oídos atentos a lo que va sucediendo por el camino, a las señales de esperanza que van dando sentido y dirección. No somos simples espectadores, declaramos que, incluso en las circunstancias actuales, es posible la esperanza, aunque esto nos complique la vida, nos haga dejar atrás muchas cosas y emprender la ruta hacia un futuro diferente, el futuro que soñamos y por el que luchamos. Testimoniar esta esperanza es ser fiel, narrador experto que atestigua lo que vive, capaz de identificarse con la causa por la cual merece la pena hasta dar la vida.

Jesús, dicen los evangelios, fue testigo veraz del Reino de Dios, lo que, en última instancia viene a significar que Él no da testimonio de sí mismo, ni siquiera de Dios a secas, ni de la Iglesia. Lo que vive y narra Jesús es la «Gran Esperanza» universal para todos los pueblos. Empieza dando de comer a los hambrientos, se autoinvita o acepta la invitación para sentarse a la mesa de publicanos y pecadores, cura a enfermos, perdona a los que son considerados por las leyes morales discriminatorias y proclama para todos los pobres la cercanía inminente del «Año de Gracia», de la Salvación de nuestro Dios. Su muerte es la consecuencia de su vida, el testimonio más transparente de unas promesas que se han hecho realidad en Él.

Los seguidores de Jesús son un nuevo eslabón en esta espiral de esperanza. Nuestro testimonio no tiene pruebas verificables. Sí tenemos la esperanza de que las Promesas de Dios se van haciendo realidad en el día a día. En este caminar por la historia vamos descubriendo señales de esperanza, pequeños signos que apelan a la utopía, como una esperanza de que es posible otra sociedad, otro mundo más justo y solidario. En el corazón de las explosiones actuales, tal vez la mujer tenga una especie de sexto sentido para fijar su mirada y agudizar el oído, para percibir, sentir y tocar el comienzo de algo nuevo que empieza a nacer bajo la forma de fermento.

Esto es lo que se nos pide: que narremos y contemos que la esperanza en la salvación de Dios pasa inevitablemente por el compromiso con la vida

amenazada. La realidad está amenazada cuando asistimos perplejos al nacimiento y desarrollo de situaciones injustas privilegiadas por el poder establecido, al comercio de armas, a las violencias estructurales, a veces incluso institucionalizadas, al hambre, al paro, a los despilfarros suntuosos, a la hipocresía, etc. ¿No será ya la hora de volver a los orígenes y salir de este estado de inanición en el que nos encontramos? ¿Habrá mujeres capaces de emprender este camino de esperanza como lo hicieron Noemí y Rut?

En un mundo fanatizado por tantas ideologías políticas o religiosas, se nos invita a testimoniar la Verdad. Muchas veces se ha hablado de la mujer como un ser complicado y complejo, difícil de ser abordado y comprendido por sus sutilezas y formas de percibir la realidad. Sin embargo y desde el sentido práctico que suele caracterizar a la mujer, estamos convencidas de que la esperanza sólo es posible desde la fidelidad a los compromisos asumidos. Ser verdadero es ser fiel, obrar honradamente y llevar a cabo la justicia.

Conocer verdades o defenderlas sin más, cerrarse sobre sí mismo como dueño absoluto de la verdad sin admitir ninguna novedad en interpretaciones, iniciativas o formas de vivir esa verdad, es sencillamente hacer uso del poder, de la ley del más fuerte ¿Quién hablará hoy al corazón de las personas carentes de esperanza con palabras verdaderas?

Una de las características de nuestra sociedad es indudablemente la increencia vivida en mayor o menor medida. Para algunos la vida es un contrasentido, otros ni siquiera se hacen preguntas, las situaciones se suceden inevitablemente y es inútil preguntarse los porqués. Para otros, esta vida es un desastre y sólo tiene sentido esperar un desconocido más allá.

En el fondo, la increencia conduce a la falta de esperanza y sin esperanza no vale la pena luchar. ¿Qué hacemos los que todavía creemos lo imposible? ¿cómo reivindicar derechos, rescatar la tierra del pobre, ofrecer un futuro a un mundo huérfano? ¿cómo abrir un camino a la esperanza? Estoy

segura de que, como Rut, las mujeres sabremos, de manera única y creativa comunicar, explicitar y testimoniar con palabras, con silencios, con acciones, esta esperanza.

Concluyo esta reflexión volviendo a las enseñanzas del libro de Rut y me pregunto cómo, en un mundo de varones, se les ocurrió presentar a dos mujeres como personajes centrales de una historia de esperanza. No lo sé, pero lo que sí intuyo son las grandes lecciones magisteriales que podemos extraer para la vida. Por ejemplo:

- Es inútil lamentarse de las situaciones sin hacer nada a cambio. Es totalmente estéril dejar que la desesperanza se adueñe de la inteligencia y del corazón, porque ella paraliza, crea dependencias y hace perder el sentido de la vida. La fecundidad se consigue asumiendo el riesgo de un futuro imprevisible, dejando seguridades, confiando en los otros y en Dios.
- La esperanza de transformación no llega a través de los que tienen el poder en sus manos y lo utilizan para elaborar proyectos, promulgar leyes, reconstruir el templo.
El futuro deseado llega a través de seres humanos anónimos, pequeños, frágiles, sin poder, pero llenos de esperanza, porque confían y luchan para que las cosas puedan ser de otra manera.
- El milagro de la vida que aparece en el pequeño Obed no es el fin de la historia, es el comienzo del futuro que todos deseamos. Ese futuro ha sido posible gracias al valor, la esperanza, la generosidad y la fuerza de Noemí, Rut y Booz. Jesús, el Mesías esperado por todos los pueblos, es el heredero de estas maravillosas actitudes. Él hizo posible el cumplimiento de las Promesas de Dios.